

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

DON SIMEON TORRENTE HA DEJADO DE... BEBER—Por *Alvaro Salom Becerra*—Relato—Bogotá. Colombia.

Alvaro Salom Becerra ha escrito uno de los más impresionantes documentos humanos de que tengamos noticia en la bibliografía colombiana. Corroe cada una de sus líneas. Es cierto que el autor ha escogido un tema que para muchas gentes —grandes burgueses— puede resultar insípida y lejos de su mundo. Pero para quienes hemos bajado al dolor lastrado de los humildes, quienes nos educamos en la heroicidad de una bohemia digna por falta de recursos económicos, la obra resulta cierta, amarga, de un humor cruel. Salom Becerra ha redeescubierto un mundo de oprobio. Porque no solamente va despellejando, minuto a minuto a su personaje, sino que su libro resulta un tratado de moral. Sí, contra tanto convencionalismo acartonado, tanto personaje de mentirijillas, la miseria espesa del ruedo en el cual los polichinelas juegan a la gallina ciega.

Seguimos el hilo de sangre testimonial que va dejando don Simeón Torres a lo largo de su inútil vida. Un hombre frustrado de esperanzas rotas, un Charlot que esperó a la amada con el banquete servido, mientras la danza de los panes se convertía en una euritmia dolorosa e inútil. La clase media, agobiada, sin evasión posible. Simulaciones, escarnios, miserias. Don Simeón regala su cadáver como un rajá regalaría una turquesa a una coqueta. Ya que no tiene medios económicos para que le entierren cristianamente, esa su anatomía espectral, fosforescente, la deja como legado a los estudiantes de la Facultad de Medicina. Y

al morir, y evadirse por la escotilla del fracaso, deja también a sus acreedores birlados, con sus curvas narices judías, esperando el pago de sus modestas cuentas.

En verdad en Salom Becerra hay toda la madera necesaria para un gran escritor. Lo testimonia este libro en el cual el humorismo y el dolor se unen para entregarnos un cuadro macilento, lívido, que deben conocer todos los colombianos, ya que en cierta forma es nuestra atmósfera humana.

* * *

EPISODIOS NACIONALES—Por *Benito Pérez Galdós*.

El centenario del gran viejo ha pasado inadvertido en esta hora de “genios” de la novela, marxistas de nuevo cuño, hábiles manipuladores de su propio prestigio acartonado. Todos estos novelistas de ahora, no son capaces de escribir una sola de las obras del formidable español, gloria de la gran raza de escritores de habla castellana. Y de todos los grandes escritores que se han inclinado sobre el hombre para hallar la razón de sus actos, sus envilecimientos, sus minutos de fortaleza, la cueva del subconsciente. Ya que Pérez Galdós no fue un verdadero investigador del alma humana.

Pero no se dejó llevar de la fiebre de una imaginación que solamente crea monstruos y considera que todo es un humilladero, un pudridero, una vasca vomitable, sino que también existe algo grande, hermoso, digno en el ser humano. Pasarán muchos de estos simuladores de una genialidad superficial que ahora nos ahogan con sus ficciones, plagios, fantasmagorías, pero los grandes escritores de todos los tiempos, aquellos gigantes que descubrieron un mundo en torno, están más frescos y vigentes que nunca. Porque no se trata de modas, de elogios en cadena un poco desvergonzados, sino de la verdad de una obra testimonial, creadora y recreadora. Los clásicos lo serán siempre irremediablemente. Es posible que dentro de 20 años nadie se acuerde de estos novelistas de ahora, que han remontado las más altas montañas de la adulación, y solamente queden aquellos maestros que nos enseñaron a vivir, a conocer el mundo, a escavar

en las pasiones humanas. Benito Pérez Galdós pertenece a esa formidable raza de titanes. Por lo cual recordarlo en su centenario, más bien nos honra a nosotros, porque testificar cuando algo lo merece, es una operación más del alma que de la simple razón humana. Pérez Galdós, Baroja, Quevedo, Unamuno, Valle-Inclán, Lorca, están vivos y su mensaje nos conduce por el laberinto de la vida y nos enseña a dignificar las cosas que lo merecen.

* * *

GUZMAN BLANCO—Por *Rafael Ramón Castellanos*.

Bolívar ha sido blanco de amores y furores, de iras contenidas y de desatadas admiraciones. Algunos escritores se acercan a su alta figura ya en las galaxias con cautela y encono. Otros, despojados de recelos con pasión humana, midiendo con ojo de águila la promontoria cordillera de su pensamiento y de su acción. Unos como el panfletario Juan Vicente González, con el furor y el amor de los grandes enamorados, como Rafael Ramón Castellanos, golpeados en mitad del pecho, por esa voz de clarín, que se fue apagando lentamente a la orilla de Santa Marta, Rafael Ramón Castellanos, para ventura suya, es todo un venezolano. Con sus abruptos silencios y sus ternuras viriles. Su diálogo tiene osamenta y carnadura. Sus admiraciones pagan el tributo de su propia substancia. Detrás de los lentes del hombre que ha pagado su tributo a la lectura, está el pensamiento cordial, radical, sin vanos esguinces. La falacia, el dolo, la lectura acomodaticia, están fuera de su órbita. Su manera de ser venezolana, rescata la íntima condición del hombre. Sus conceptos sobre Venezuela y sus hombres, obedecen a un juicio severo de su conciencia. Camina menudamente, como el jaguar listo a dar el gran salto. Oye, pero no es fácil convencerlo, porque conoce la mudable condición humana.

Hay algo de sinfonía en su prosa que es testimonial y sabe enaltecerla con alcurnia. Los retratos sociales de la Venezuela que vivieron sus héroes los traza de mano maestra. Cita documentos, analiza estados de alma, penetra en el mundo social y el turbulento oleaje de su tiempo. Ya empiezan a callarse los cascos de los caballos que jinetearon los centauros de Páez. Venezuela es una iracundia, una lava ardiente. La democracia co-

mienza su largo calvario. Oscuros oficiales, apoyados por conservadores y liberales, se convierten en los protectores de la joven nación. Castellanos tiene grandes pasiones volcánicas. Se hallan testimoniadas en sus libros. Su orgullo venezolano no conoce las claudicaciones, los tonos medios, el desvaído y romántico color de las acuarelas. En el Paraguay, se portó como un hijo de Bolívar. La dignidad es una dimensión auténtica en los escritores que no han fletado su pluma a circunstancias pasajeras y a gloriolas efímeras.

La biografía de Guzmán Blanco, da la medida de este escritor. Fragmentarias a veces, punitiva en otras, patéticamente psicológica.

Su Bolívar es el fruto de un amor desesperado por el héroe. Caracas fermenta, hierve, a tiempo que todavía el tedio de que hablara Teresa de la Parra, tiende sus membranosas hilazas grises por los densos rincones. Castellanos ha de adorar siempre el orden bolivariano. Cuando los caudillejos de rebenque, truhanes del poder, se alzan, los pueblecitos siguen bostezando en la incuria, almas solitarias lloran por Bolívar como por un Dios muerto.

Y así nos viene en los libros de Castellanos, el escritor que conoce su patria pulgada a pulgada y ha estudiado sus hombres, con sus grandezas y sus miserias. Es acaso el primer intelectual de garra y zarpa que ha venido a Colombia a ejercer el cargo de Cónsul General de Venezuela y Consejero Cultural. Definitivamente el Presidente Rafael Caldera, nos ha enviado dos valores auténticos del pensamiento venezolano: el embajador Numa Quevedo, que se crece a nuestra vista como los nobles seres hechos a la tempestad, y, Rafael Ramón Castellanos, un cónsul que conoce muy bien el proceso de nuestra historia, el dolor del mestizaje americano, este largo sollozo indio que Bolívar quiso secar con las hojas de su laurel. Los leones han sido amaestrados y solamente quedan los escritores para decir su verdad, morder la nuez amarga, medir la pobre condición de titiriteros, covachuelistas, vendedores de herencias por lentejas, oportunistas al menudeo. Todo lo que no es bolivariano, porque es puñal en la noche, rencor sumido en lóbregas bodegas, frustramiento que sonrío con estereotipada risa de nylon. Castellanos adoctrina y esclarece rumbos. Bien por su trabajo intelectual en esta hora de acartonadas simulaciones.